EL RELATO

En la cocina flotaba el aroma del curry, el calor de los fogones revoloteaba en leves volutas mecidas por la fuerza de la turbina. En la sartén, el sonoro gorgoteo del aceite en ebullición rompía la cadencia del reloj de pared que, con su oscilante péndulo remarcaba insistentemente que eran más de las diez.

Ana, cansada y somnolienta por el paseo, se envolvía en su suave bata de color crema. El calor la rodeaba meciéndola en un soporífero sueño. Con mecánico orden iba preparando los ingredientes para la cena. Se había dicho a si misma que sería una cena sencilla, pero la verdad era que, con los largos minutos su trabajo iba adquiriendo cada vez más la consistencia de una gran receta.

El amor de Ana esperaba distraído en el salón. Amante del buen comer le había rogado esa noche que le hiciese la cena, y, pese a la paridad que siempre conformaba su relación, un beso y la promesa del posterior masaje tras la cena, le habían parecido a Ana justo pago por su labor en la cocina.

Quizás el hambre, quizás el rumor incontenible del laboratorio culinario, o quizás tan solo la curiosidad, instaló a Esteban en el marco de la puerta de la cocina. Silencioso, alto y moreno, llenó sus ojos entre verde y miel con la luz de esa extraña imagen, una Ana, despeinada y en pijama que con mirada perdida removía las patatas en la sartén de hierro.

-Bella, simplemente bella-.

-¿Como dices?- las palabras de Esteban habían brotado de sus labios, pero en realidad parecían más para si mismo que para ella.

El color rojizo de las llamas se reflejaba sobre el cabello de bronce de Ana y el humo le daba a sus ojos un brillo entre decadente y alienado; pese a ello Esteban apreciaba en el fondo del lago de su iris como la llama de la pasión aún permanecía encendida. Fue en ese instante, en un segundo de inesperada concreción cuando sintió que la sangre afluía de forma inesperada hacia su pene, que se alzó de forma majestuosa con la punta algo corvada como reverenciando la belleza de Ana.

Ana, al principio no pareció darse cuenta de tal halago y continuó distraída sazonando las patatas con pimienta en grano, laurel y pimiento. El aroma de la especia se instaló sobre el curry, haciendo estornudar a Ana. El profundo movimiento de cabeza que acompañó al estornudo dirigió su mirada hacia el hermoso fruto que la fuerza de la pasión había henchido en Esteban. Tras el asombro, la luz verdosa que Esteban había entrevisto entre sus pestañas fue aumentando su luminosidad hasta desbordarse en la mirada de Ana e inundar su rostro. El arco que formaron sus labios en ese momento dio a Esteban la señal que estaba esperando. Se acercó, aspiró entre los cabellos de Ana el aroma de la fritura, no tenía prisa, así que decidió inspirar profundamente y jugar a reconocer los aromas que impregnaban el cabello de Ana. Las patatas flotaban lujuriosas en un mar de oro. El aceite de oliva con sus reflejos dorados había adquirido gracias a la portentosa habilidad del fuego la maravillosa capacidad de vestirlas con un crujiente picardías de oro viejo. La pimienta, esa especie excitante y maravillosa las había impregnado con su aroma, volviéndolas todavía más seductoras. Se intuía que, cuando el calor del aceite hubiera llegado a su máximo punto de cocción, la lengua apreciaría ese delicado punto de picor que permanece en el paladar e inunda la boca.

Esteban notaba que sus sentidos empezaban a flaquear. El calor de la cocina se entremezclaba con la sensación de ardor que le recorría el pene, que enhiesto, se apretaba contra las redondeces del cuerpo de Ana. La bata no le estorbaba, así que, sujetándola desde detrás deshizo el lazo y con un rápido movimiento la hizo caer al suelo.

Bajo la bata apareció su suave cuerpo ataviado con un pijama azul de delgados tirantes que, no hacían sino indicar el camino hacia los pezones, que llenos de curiosidad por lo que acontecía a su alrededor se hallaban erectos y excitados.

Los labios de Esteban buscaron el cuello de la mujer. El roce fue al principio apenas imperceptible, tan solo la piel de gallina y el vello en pie delataban que la leve caricia había puesto en marcha los engranajes de la excitación de Ana. Un leve suspiro escapó de su boca. Un suspiro que en los oídos de Esteban, resonó como el atronador rumor de cien tambores de guerra que le indicaban que el camino hacía la batalla se hallaba abierto y sin retorno.

Su boca buscó desesperadamente la unión entre el cuello y el hombro. Los blancos dientes se hundieron en él cómo si tratase de una fruta madura. Había encontrado el punto exacto donde el placer estalla como una bomba inundando el cuerpo desde los hombros hasta el final de la espalda.

Las oleadas de escalofríos recorrieron a Ana y sintió como la parte más oscura, e intima de su ser se humedecía, convirtiéndose en una jugosa fruta de estío.

Mientras las patatas seguían cociéndose de forma lenta en un suave baile, Esteban le dio la vuelta a Ana enfrentando sus ojos con los de ella. La diferencia de altura era considerable pero eso no hacia sino incrementar el deseo. El deseo de poseer a una mujer que, pese a la fortaleza de su espíritu se le antojaba a Esteban en ese momento desvalida y dulce. Su

sentido masculino de la protección le llevó a rodearla con sus brazos y ha hundir la cabeza en su pecho.

Quien era más desvalido en ese momento solo lo saben los amantes, pero ciertamente, si las frutas del hermoso frutero de barro de la cocina pudieran hablar, hubieran contado que una lagrima salada descendió discreta por la mejilla de Esteban.

Cómo los efluvios de una cebolla madura, la pasión por Ana, hacia que los ojos de Esteban se inundasen con la dulzura del llanto, pues, en su mente sólo repicaba una idea -¿cómo puede amarme?¿por que la merezco?-.

Viendo con orgullo el efecto que producía en él, Ana interceptó con sus labios una de las lagrimas, saboreando el toque de mar que afloraba del corazón de Esteban. La sal se instaló en sus papilas, inundando su boca, y, recordándole ese otro gusto salado que afloraba también del cuerpo de Esteban cuando la excitación lo desbordaba. Ana a menudo pensaba que, ciertamente el ser humano debía de haber aflorado del mar hacía miles de años, como insistía la ciencia, pues el cuerpo humano aun esta inmerso en ese sabor salado.

Las manos de Esteban enlazaron la cintura de Ana, deslizándose discretamente hacia el fin de su espalda.

Los pezones de Ana duros y atrevidos se rozaban contra la tela del pijama, arrancándole suaves gemidos.

El roce, el calor de la cocina y el olor de la comida habían excitado sus cuerpos y sus mentes, en una primitiva unión de necesidades. La necesidad de sexo y de alimento se fusionaron haciéndose ambas intrínsecamente necesarias. ¿Cual cubrir primero?.

Esteban apagó la turbina. El vapor de las patatas se instaló en la cocina llenando de una perfumada neblina la habitación.

Ana retiró las patatas del fuego, mientras, Esteban buscaba ansioso dos copas dentro del armario.

El deseo, el apetito, la necesidad, el calor, el amor, el sexo... necesidades animales. El ser humano, bestia inteligente, a vestido la necesidad de placer, ha transformado el placer en deseo, el apetito en lujuria.

El aroma del corcho humedecido en vino acarició las papilas olfativas de Esteban mientras la sangre de la tierra se vertía como una cascada de rubí liquido.

Ana había sacado las patatas de su cuna de metal, haciéndolas reposar en un suave lecho de papel que absorbía rápidamente los excesos del aceite.

Si la cocina, aquel laboratorio de placeres y sabores, había sido testigo del primer calentón, sería ahora el comedor el participe de las verdaderas delicias que deparaba la cena.

El ambiente se hallaba iluminado por la luz de siete pequeñas velas de té estratégicamente situadas, dos en la mesa entre los comensales, dos sobre la mesa de centro frente al sofá, dos más sobre el televisor y una séptima iluminando la rosa, que gentilmente Esteban le había regalado a Ana esa misma mañana.

-Te amo -, Ana no sabía si las palabras realmente habían escapado de sus labios o si en realidad todavía se hallaban atrapadas entre la garganta y la lengua. La lengua, la lengua de Esteban si se hallaba fuera de su guarida.

Situando a Ana junto a la ventana, movía rítmicamente las manos sobre sus pechos mientras su lengua recorría el cuello aproximándose al bello pabellón auditivo de la mujer. Entre los pliegues de esa caracola captadora de sonidos, la lengua musculosa y rosada, arrancaba profundos gemidos que nacían en el pecho de Ana, fluyendo a través de sus labios apretados.

Las manos de Ana se apoyaron en el frió cristal sintiendo como su cuerpo se dejaba vencer a las dulces sensaciones que su amante le hacía sentir.

El retrato de su viaje al Nepal, fue testigo de la velocidad con que Esteban era capaz de deshacerse del envoltorio que cubría el cuerpo de Ana. Desnuda, blanca, indefensa a Esteban se le antojaba más apetecible que la lujosa cena que se hallaba dispuesta sobre la mesa. No sabía por donde empezar, si por el sabor dulce de la saliva de Ana o por el salado sabor de su coño, difícil elección.

Fue entonces como, para su sorpresa, Ana tomó la decisión. Se levanto sin dejar de sostener la mirada de Esteban y se acercó a la mesa cogiendo la salsera. El brillo de la porcelana quedaba mitigado por la luz de las velas, el aroma era exquisito, embriagador... curry, cúrcuma, comino ...

Ana dejo la salsera sobre la mesa, y con igual precisión liberó a Esteban de sus pantalones, arrancándole prácticamente los calzoncillos y dejando a la vista, libre de la cárcel del pudor, su maravillosa polla.

El músculo se hallaba firme y rosado, en su orgullosa cabeza brillaba una delicada gota que Ana se apresuró a recoger en sus labios. Sal, de nuevo sal. Una sonrisa pícara hizo aparecer entre los labios los blancos dientes de Ana, metió un dedo en la salsera y, con el gesto de un experimentado pintor untó la polla de Esteban con la tibia salsa.

El inesperado golpe de calor hizo estremecer a Esteban, pero, aún se estremeció más cuando la boca de Ana empezó a saborear la salsa a un ritmo constante. Los movimientos de succión lentos y constantes, embargaban a Esteban en oleadas de pequeñas cosquillas que aumentaban su excitación.

En la boca de Ana los sabores y las texturas excitaban sus sentidos mientras sentía como su coño latía y se humedecía.

Sentía la dureza tibia del miembro de Esteban y la liquida textura de la salsa. El sabor de la pequeñas perlas que emergían del cuerpo de Esteban se entremezclaban con el exotismo de las especies. En la boca de Ana, una fiesta de sabores la ponía a cien mientras su cuerpo gritaba en todos sus lenguajes que su deseo también debía ser satisfecho.

-¡Chúpame!- era una orden. Esteban se dispuso a cumplirla sin mediar ninguna palabra, pero en ese momento sus ojos cayeron sobre la copa de vino que minutos antes el había servido.

-Un momento- se levantó y acercándose velozmente, tomo la copa entre sus manos y derramó su contenido sobre el cuello de Ana.

-¿Que haces?- la risa de Ana se acalló al ver como ávido, Esteban sorbía su cuerpo y el vino que resbalaba hacia la oscuridad de su coño. No cabía duda que Esteban era un gran amante. Con movimientos rápidos y precisos bebía el vino y excitaba el clítoris de Ana en un desenfrenado baile, en el cual, la música surgía de la garganta de Ana que no paraba de gemir y gritar de placer.

El timbre de la puerta rasgó el silencio.

-¿Quien será ahora? Estaba en lo mejor-, Estefanía se sentía irritada por la interrupción.

-Vaya Marcos, no te esperaba tan pronto-, la voz de Estefanía delataba su excitación.

-Sabes que me gusta sorprenderte. Te he traído la cena, una deliciosa crema de aguacate y luego te prepararé una gamas a la plancha, ¿que te parece?-, -la verdad es que yo comería salsa de curry-.

El relato erótico que Estefanía estaba leyendo había causado el efecto deseado en este tipo de historias. La mirada se clavó en su chico deseando sentir con el todo lo que Ana había sentido.

-¿Sabes como te puede gustar más la crema de aguacate?-, no esperó respuesta, se bajó las bragas ante la atónita mirada de Marcos. Tomó el recipiente, donde él había traído la crema y, hundiendo los dedos se untó el vientre y el coño.

-¡Chúpame!- era una orden. Marcos se dispuso a cumplirla sin mediar ninguna palabra, pero en ese momento sus ojos cayeron sobre la copa de vino que minutos antes Estefanía había servido.

-Un momento- se levantó y, acercándose velozmente, tomo la copa entre sus manos y llenó su boca con un largo sorbo

-¿Que haces?- la risa de Estefanía se acalló al ver como, ávido Marcos acercaba su boca a la suya y compartía el vino con ella. No cabía duda que Marcos era un gran amante. Con movimientos rápidos y precisos lamía la crema del ombligo de Estefanía y excitaba su clítoris en un desenfrenado baile en el cual la música surgía de la garganta de Estefanía que no paraba de gemir y gritar de placer.

El primer orgasmo estalló en el cuerpo de Estefanía cuando los suaves sorbos de Marcos se convirtieron en pronunciadas y golosas succiones. La noche los observó curiosa cuando, tras todos esos juegos ambos llegaron exhaustos al maravilloso clímax. Tras horas de juegos y jugosas embestidas Marcos demostró su resistencia entrando y saliendo repetidas veces del cuerpo de Estefanía llevándola en varias ocasiones al éxtasis.

Tras esta maravillosa experiencia, la mente de Estefanía regresó al libro que minutos antes de la relación sexual se hallaba leyendo.

-Es curioso el efecto que puede producir en nosotros la palabra ¿verdad?-, las palabras resonaron en la habitación. Marcos estaba exhausto y apenas si podía mantener los ojos abiertos.

-¿ Qué efecto? -.

-Antes de que tu llegaras leía un relato erótico y me he sentido muy excitada. Creo que ha sido su efecto, mi imaginación envalentonada por las palabras, la que ha hecho que esta sea una noche memorable. ¿No te parece curioso que la capacidad de esa escritora haya conseguido que mi cuerpo ardiera en deseo?-. Marcos ya no escuchaba, la respiración se había vuelto rítmica y pausada, el sueño lo había atrapado entre sus garras.

Aún así la voz de Estefanía volvió a oírse, esta vez más suave, más consciente de sus palabras.

- ¿ Crees que si alguien leyera sobre lo que hemos hecho esta noche, podría excitarse?-